



NÚM. 141

BARCELONA, 18 ENERO 1902

Ayuntamiento de Madrid

25 CENTS.

EL INSTINTO DE VIVIR



A hermosa Micaela, viuda de un campesino, consagrada á trabajar sin tregua por mantener al pobre niño que le dejó su esposo, vivía en humilde barraca de la huerta de Valencia, desde la cual oía el murmurio del Turia lamiendo las espadañas y cañaverales de sus plácidas riberas.

La barraca se erguía en un vergel. ¡Jamás tuvo la tristeza de la viudez retiro más alegre para verter sus lágrimas, ni la miseria más limpio y aseado rincón para bostezar sus penurias!

Por las mañanas iba Micaela al mercado de la ciudad á vender las verduras que le fiaban los labradores vecinos suyos, y por la tarde volvía junto á su niño á recoser sus trapos, mientras movía la cuna

con el pie, al compás lento de plañidero canturreo, por donde su corazón expresaba conjuntamente sus desconsuelos de viuda y su cariño de madre.

Durante las horas en que Micaela permanecía ausente no quedaban en la barraca más que dos seres: el niño tendido en la cuna y el cerdo en la pocilga aprisionado, respondiendo la bestia con las notas bajas de su gruñir hambriento al llanto vibrante del niño, donde ejercitaba sus primeras notas la noble voz humana.

El llanto del infante y el gruñir del animal estremecían la barraca durante largas horas sin que nadie aplacara sus necesidades incumplidas; no eran sus lamentos más que notas arrancadas al ansia

de vivir, la voz del egoísmo de la carne pidiendo lo que le es propio, en la garganta del niño con vibraciones humanas, en el gazuato del cerdo con rumores bestiales.

El niño agitaba por doquiera sus manecitas, buscando en vano el calor y la turgencia del materno pecho codiciado; en todas direcciones dilataba sus chupadores labios que tropezaban siempre con la impasibilidad del aire; algunas veces llevaba sus propios dedos á la boca, temblando de ansiedad y en ellos distraía el apetito con-

solándose en un simulacro de succión, hasta que el hambre torturando más y más sus entrañas hacía que se agitara su cuerpecito con las sacudidas del llanto y los espasmos del dolor.

El cerdo, que aun no había llegado á la época del cebo, era alto, flaco y escurrido de vientre; las orejas le caían lacias desde la cúspide de su cabeza triangular; el rabillo ahorquillado lo movía con nerviosa inquietud; las cerdas ralas se le erizaban sobre su piel deslustrada y cenicienta, y el hocico húmedo, á todas partes se allegaba y olía con atisbos y ansias de hallazgos nutritivos.

En aquel animal todo concurría á una voracidad nunca satisfecha; las patas, las fauces, los dientes, los ojos... todo, en fin, no eran en él más que instrumentos de su vientre, cuyo gruñir parecía la trompeta de su instinto jamás adormecido ni aplacado... Comer, comer y todavía comer: he aquí la finalidad y la función única de aquella carne bestial hambrienta siempre.



Un día, la poulga mal atrancada, cedió á las montaraces patas de la bestia que salió al corral husmeándolo todo con ansiedad tremenda; después, entró en la casa guiado por el feroz instinto; olió las piedras del suelo, las sillas, las camas y todo aquello con que tropezaba su hocico inquisidor é implacable.

Por fin llegó el animal junto á la cuna. El niño al escuchar un ruido pensó que se acercaban á satisfacer su necesidad, y el cerdo al oler la carne humana, creyó que se la brindaban á su apetito, porque así como el hombre cree que los astros del firmamento han surgido exclusivamente para su recreo, el cerdo con igual filosofía presume que el mundo entero no es más que una mesa dispuesta para su

estómago; de suerte que las fauces abiertas del animal y la mano inquieta del niño se juntaron con tan funesta contigüedad que al grito desgarrador de la humana carne mutilada respondió el gruñido triunfante de la bestia satisfecha.



.....
Cuando llegó la infeliz Micaela sedienta de las caricias de su niño se ofreció á sus

ojos el más espantable cuadro que pudo imaginar. Los restos informes de la criatura despedazada yacían por tierra medio envueltos en los deshilachados pañales, mientras el cerdo con el hocico tinto en sangre humana se movía animoso y contento buscando nuevos menajes para la sima de sus dientes. La infeliz Micaela dió un grito espantoso, quedó un momento como petrificada por el dolor, y después, blandiendo un cuchillo y rugiendo de rabia, se abalanzó contra el cerdo y le hundié varias veces la hoja punzante en las inmundas entrañas.

Mientras los vecinos que acudieron á las voces de Micaela procuraban auxiliaria, en el suelo se unían la sangre del niño y la del cerdo, discurriendo juntas en un mismo arroyo sinuoso donde humeaban las últimas ansias del instinto de vivir.

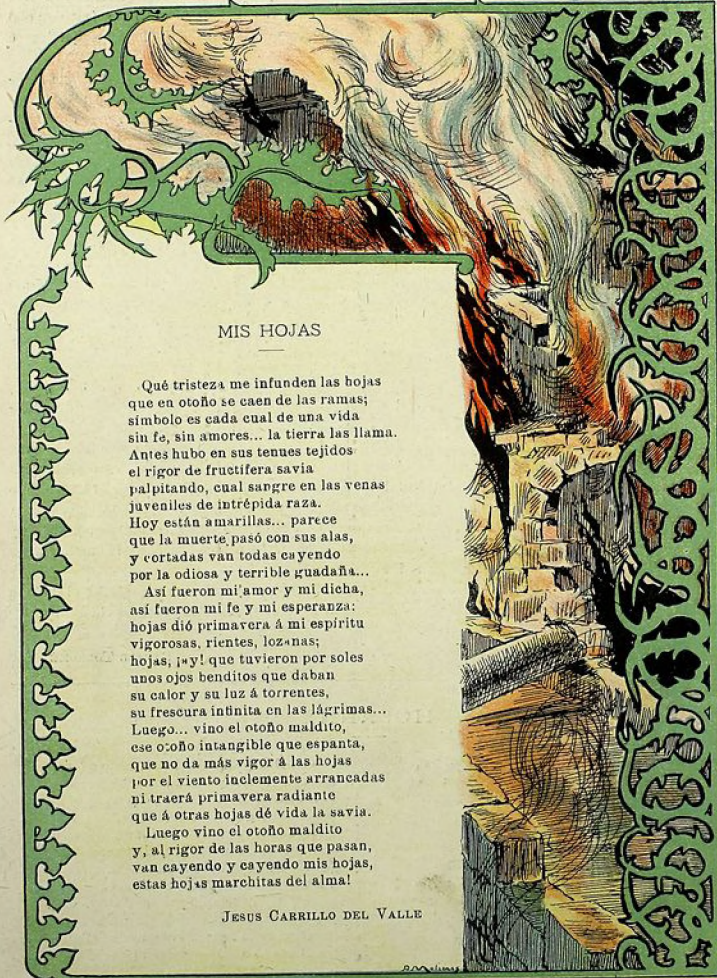
RAFAEL TORRÓME

HOSANNA

Desde el cielo más bello, de luces lleno,
vá bordando la luna franjas de plata;
también azul y hermoso, grande y sereno,
tranquilo el mar, celeste fulgor retrata.
Una nube de fuego flotó encendida,
murieron con la tarde sus resplandores,
la serpentina estrella brilló enseguida,
durmíó el sol, y la tierra fué sin colores.
¡Oh canción solemne! ¡dulce plegaria!
¡oh acento de alegrías! ¡oh triste llanto!
el mar viendo del cielo la luminaria,
entona suavemente gigante canto.
Tras ese azul tan puro del firmamento,
del sol que dá á la tierra reflejos de oro,
tras las ligeras nubes dadas al viento,

veo un Dios y al sentirle postrado adoro.
Cuando al morir el día, la noche empieza,
parece misterioso cuanto palpita,
parece más gigante naturaleza,
parece su hermosura más infinita.
Hermosa es tierra alegre, cielo sereno.
¿Quién ha de ver tus obras sin admirarte?
Tú solo eres el grande, tu solo el bueno,
el universo es templo para adorarte.
¡Oh Dios, tu me has creado, tu la has creado!
¡oh Dios, tu lo has querido, nos has juntado!
¡oh Dios, yo quise un himno para cantarte!
¡oh Dios, entre tus obras ya me le has dado!

PEDRO DE RÉPIDE



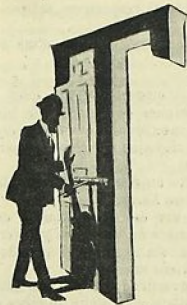
MIS HOJAS

Qué tristeza me infunden las hojas
que en otoño se caen de las ramas;
símbolo es cada cual de una vida
sin fe, sin amores... la tierra las llama.
Antes hubo en sus tenues tejidos
el rigor de fructífera savia
palpitando, cual sangre en las venas
juveniles de intrépida raza.
Hoy están amarillas... parece
que la muerte pasó con sus alas,
y cortadas van todas cayendo
por la odiosa y terrible guadaña...

Así fueron mi amor y mi dicha,
así fueron mi fe y mi esperanza:
hojas dió primavera a mi espíritu
vigorosas, rientes, lozanas;
hojas, ¡ay! que tuvieron por soles
unos ojos benditos que daban
su calor y su luz a torrentes,
su frescura infinita en las lágrimas...
Luego... vino el otoño maldito,
ese otoño intangible que espanta,
que no da más vigor a las hojas
por el viento inclemente arrancadas
ni traerá primavera radiante
que a otras hojas dé vida la savia.
Luego vino el otoño maldito
y, al rigor de las horas que pasan,
van cayendo y cayendo mis hojas,
estas hojas marchitas del alma!

JESUS CARRILLO DEL VALLE

LA CUESTA DE ENERO



ERMINÓ el holgorio de pascuas y año nuevo, y la gente, cansada ya de tambores, mazapanes y otros excesos, se dispone á subir la tan penosa como acreditada cuesta de Enero.

Menos mal, que si larga y desabrida es, la costumbre, esa ley eterna de los pueblos, ha procurado suavizarla, por lo que á la villa y corte respecta, con regocijos que, aunque momentáneos y de escasa influencia en sus efectos, ayudan al viaje distrayendo á trechos la fatigada imaginación de los mortales.

Y tras de la Circuncisión vienen los Reyes, y en pos de éstos San Antón, y luego San Ildefonso, amenazando así nuestra ascensión por el empinado repecho.

Los que mayores trabajos pasan son los empleados públicos de poco sueldo.

Para éstos resulta insoportable y sin término el *mes oficial* de los cuarenta días que median desde que cobran la última paga de un año hasta el percibo de la primera del siguiente.

Porque resulta que los *paternales* gobiernos que nos rigen, queriendo

hacer un favor á sus funcionarios, les hacen un *flaco servicio*.

¡Cualquier empleado, por previsor que sea, resiste á la tentación de gastarse alegremente en el pavo de pascuas las pesetas *frescas* y relucientes que le entrega el habilitado en víspera de Noche buena!

El turrón, el mazapán, el jerez, los juguetes para los chicos, el teatro... ¡la mar!... Y como todo eso cuesta dinero, los cuartos se van como por la posta y en seguida llega enero y... ¡á subir la cuesta!...

¡Cálculos por aquí, números por allá, trampas por todos lados!...

¡Válgame Dios y cuantos suspiros cuesta el deseado 31 de enero!...

—¡Esto no puede ser!— dice mi amigo D. Honorato Salvadera á su simpática *mitad*. —¿Quién resiste hasta fin de mes sin un cuarto para mandar cantar á un ciego?...

—Hay que pagar la casa, y el carbón, y la lavandera, y...

—¡Basta!... ¡Las mujeres no servís más que para dar sogá al que está á dos dedos de ahorcarse!...

—¡Pero hombre!— replica la mujer. —¿No ves que todas esas obligaciones son sagradas?

—Lo que veo es que, en golosinas y diversiones, hemos gastado la paga de diciembre y ahora es *ella*...

—Mira, Honorato, después de todo, que nos quiten lo ballado.

¿Ibamos nosotros, teniendo dinero, á ser menos que las *cursis* del principal? ¡Bien sabes tú que yo quiero estar siempre encima como el aceite!...



—¡Sí! ¡Sobre todo cuando discutes conmigo!...

¡Oh, la cuesta de enero!...

Algunos empresarios *dramáticos*, —«vamos al decir»,— dan el *cerrojazo* á sus respectivos coliseos, en cuanto pasan las pascuas.

¿Por qué? Pues por la razón sencilla de que durante el *consabido* enero, no acude un alma al teatro, á causa de la carencia de numerario para divertirse.

La humanidad es así.

Gasta hoy lo que tiene, disfruta lo que puede y no se preocupa nunca del mañana... ¿Para qué?...

Después de todo, ¡vale tan poco la existencia que no merece ni el trabajo que cuesta conservarla!

Dice un refrán: *muerá Marta y muerá harta*.

Y por eso nos ahítamos en diciembre de manjares y diversiones, sin acordarnos que detrás viene enero.

Advertirán ustedes que este artículo me resulta lúgubre á ratos... ¡La influencia del ambiente!

¡Yo también paso las de Cain para salvar la cuesta y sacar á flote la *nave del hogar*!

Como D. Práxedes se desvela por llevar á puerto de salvación la nave ministerial.

Las empresas teatrales de más empuje, se preparan para llegar á la cumbre sin gran descalabro en sus intereses.

Con ese objeto, reservan las obras nuevas que consideran de más fuerza para llamar al público y pretenden salir con bien del apuro á caballo del cartel.

Y los pobres cómicos pagan el *pato* trabajando como leones en legítima defensa del inevitable cocido.

Porque es lo que ellos dirán: —En este tiempo, está muy fría la calle de Sevilla, y es necesario guardarse de pulmonías y otros inconvenientes.

Ayer encontré á mi amigo

Roque Traspuntes que actúa en calidad de bajo en uno de *nuestros* más concurridos coliseos, y como advertí que el hombre llevaba cara de poca satisfacción, le pregunté:

—¿Qué te ocurre?

—¡Estoy próximo á la catástrofe más trágica que puedes imaginar!

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Figúrate que dicen que se cierra *mi* teatro en cuanto acaben las fiestas...

—¡Demonio!

—Y aun no he podido pagar el terno que compré á principio de temporada y tendré que empeñarlo para asistir á mi mujer que está en víspera de darme heredero...

—¡Que sea enhorabuena!

—¡No te chances!... ¡Ya ves que buenas ayudas me esperan para subir la cuesta de enero!...

—¡Pícaro mío!

También los enfermos crónicos le temen, como al que puede acabar con sus vidas en un instante.

Los médicos, para animarlos, suelen emplear esta frase: —Nada, nada, en cuanto pase la cuesta de enero, verá usted como se restablece...



Y los que sufren, ¡con cuanta ansiedad esperan que llegue febrero, con sus días de sol, tibios y agradables!

Por eso, aunque la costumbre en Madrid ha introducido en enero varios festejos de carácter popular, estos resultan pálidos, tristes, faltos de luz, de color, de vida.

Bajo un cielo gris, discurriendo por estrechas vías agobiadas por la pesadumbre de elevados edificios y soportando una atmósfera húmeda y glacial, no es posible que el pueblo se divierta; y si acude á la tradicional romería de San Antón, á pasear las engalanadas cabalgaduras, á saborear el *mostagán* y á roer los afamados panecillos del santo, lo hace por rutina, por entretenerse en algo, por encontrar pretexto para un día de holgorio, pero nunca lo hará con la animación y la alegría con que acude en el mes de mayo á festejar á su santo patrón el humilde servidor de Ivan de Vargas.

¡Hasta los entretenimientos populares resultan tristes en el mes de enero!

Una víctima de los funestos accidentes de la maldecida cuesta exclamaba el otro día con tono de convicción profunda:

—¡El año que viene suprimo del calendario el mes de enero!

Y, en efecto, á ser posible, debíamos suprimirlo.

LUIS FALCATO

ARTE CONTEMPORANEO



EN LA GRANJA, cuadro de Sidney Cooper

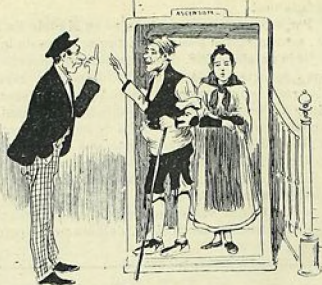
Esta obra es una de las que dieron más fama á su autor, celebradísimo paisajista y *animalier* inglés. Puede decirse que, en conjunto, es una verdadera colección de *retratos* de buyes y vacas, cada uno con su propia expresión y fisonomía. Por otra parte, el lugar empareja admirablemente con la escena en él representada, tanta es su apacibilidad y quietud, de tal manera que debe reconocerse que también en nuestros tiempos se dan, perfectamente, las más deliciosas pastorales, á pesar de los adelantos del siglo

Con el presente número recibirán los suscriptores y compradores de IRIS, el tercer cuaderno del album JOYAS DEL ARTE, que tan brillante éxito ha obtenido.

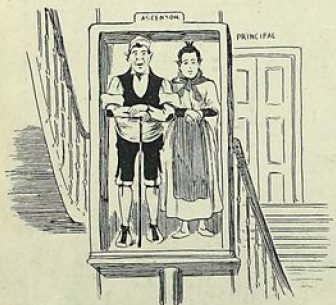
CUENTO BATURRO, por Gascón



—¿A donde van ustedes?
—A retratarnos.
—Bueno, pasen ustedes ahí al ascensor porque hay que subir al sexto piso.



—Y diga usted, ¿que es esto del ascensor?
—Pues hombre una máquina para...
—No diga usted más; ya lo sabemos, si, una maquina... y que himos de estar sin movemos niája.



—Padre, parece que subimos ¿verda? Yo me marco.
—Pues aguanta lo que puedas y estaré quieta, si no saldrás con las narices borraadas.



—Dicia el Bote, «rio que esto era cosa de tres minutos, pero me parece que ya llevamos aquí una horita».
—¡Hum! Largalli!



—¿Hay alguien en el ascensor?
—Si, señor, nosotros.
—No saben ustedes bajar? Tire usted de la cuerda un poco, así.



—Muchas gracias, señor. Minuté, aquí al revolver vivimos; ya nos avisarán si ha salido bien el retrato, pienso que sí, porque nos himos estan un quietecitos.



Encarnación Pepitañez, natural de Galapagar, amiga de un capitán difunto, y viuda del que suscribe (ó viceversa), tenía en su casa una excelente pareja de galápagos dedicados á las labores propias de su especie, que se reducen á la persecución doméstica de correderas criminales.

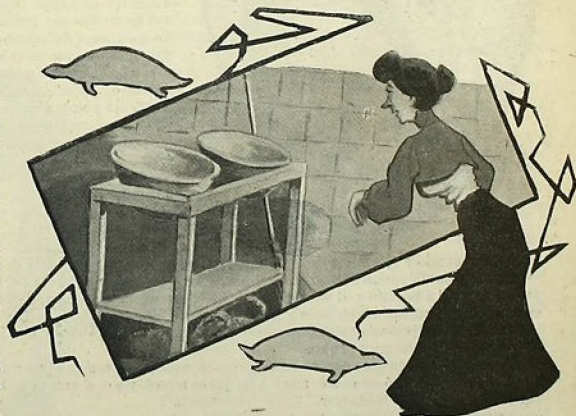
Quelonio y *Concha* (que así se llamaban los aludidos reptiles) se habían unido para siempre, si no en indisoluble lazo, si en una espuerta, que también parecía indisoluble.

Macho y hembra tenían su nido nupcial debajo de un fregadero y seguramente no había en todo el orbe católico dos galápagos más felices que aquellos, pues su encantadora dueña, caprichosa y extravagante como ella sola, los cuidaba según lenguas, si no malas, por lo menos medianas) con un mimo que jamás prodigó á su finado esposo (q. e. p. d.)

El sagrado cumplimiento de los deberes de *Concha* y *Quelonio* reducíase, como queda indicado, á fascinar traídoramente á los insectos más aborrecibles atrayéndolos cual engañadoras sirenas para devorarlos en silencio.

En silencio, sí. ¡Cuántas criadas charlatanas ó cantarinas debieran imitar el respetuoso silencio del galápagos!

Porque, dicho sea sin agraviar á nadie, ¿de qué molestia causada por galápagos pueden los humanos tímpanos quejarse? ¿Ha oído alguien, por ventura, desafinar á esos animales en sus duos de amor bajo y rastro? ¿Acaso gritan, aullán, mjen, mayan ó relinchan alguna vez, ni aun por descuido, esas pequeñas tortugas de casa y boca? ¡Jamás! Todo el ruido que se permiten hacer al cruzar los aposentos de su residencia, es el del roce de sus diminutas ñnas con las baldosas frías, produciendo un rumor sólo comparable con el dulce rasgueo de la guitarra.



Quelonio y Concha, sobre las buenas cualidades que adornan á todos los reptiles quelonios, tenían depositado su cariño en Encarnación. Lo mismo era verla, se dibujaba tanto en la faz del macho como en la de la hembra una leve sonrisa. Uno y otro prestaban absoluta obediencia á la viuda, la escoltaban siempre por los pasillos y cual cándidos pichones recibían en su boquita los confíes que Encarnación les daba con la suya, identificándose, en fin, con la viuda de tal modo que acompañaban sollozando las amarguras de ésta, y más de una vez, tras un chiste de Encarnación, se oía bajo el asiento una doble y sonora carcajada. Era de la pareja de galápagos.

Por su parte la viuda correspondía al afecto de los bichos interesándose tanto por ellos que en no pocas enfermedades les auxilió personalmente; llegando hasta poner cataplasmas á la hembra en cierta ocasión y á tocar en la garganta con un pincel á *Quelonio* cuando el pobre tuvo la difteria.

La vida así era una delicia para los tres. El amor más puro subía desde los galápagos hasta mi amiga y bajaba del corazón de ésta al de los galápagos sin que el aguijón de los celos les mortificase en lo más mínimo.

Mas un día se me ocurrió visitar á Encarnación y la paz dejó de existir en aquella casa.

Hay que convenir en que si Natura al crear los citados insecticidas con cáscara les negó algo de gentileza en los andares y algo de garbo en los movimientos, dotóles, en cambio, de unos instintos de venganza terribles.

¡Qué mala idea tienen los galápagos!

Su repugnante aspecto me produce invencible horror. Mejor quiero encontrarme enfrente de un toro ó encima de una víbora, que á la vista de un galápagos, aunque este sea de los de más modestas pretensiones.

Esto no tiene nada de particular. Muchas personas odian á los ratones (aunque son más los ratones que odian á las personas) y hay quien siente inexplicable repugnancia por el guirriache ó por los discursos de López Domínguez. Así es que yo, en uso de un derecho indiscutible, aborrezco á todos los galápagos del mundo y en particular á *Concha* y á *Quelonio*, que sobre ser galápagos me roban el cariño de Encarnación, la viuda más hermosa del universo... ¡y cuidado que las hay de rechupete!...

¡Tener yo por rivales á dos animaluchos asquerosos que siempre que me veían entrar en la casa me ponían ceño y me dirigían pullas! Esto era intolerable.

Cierto día, después de haber suplicado previamente á Encarnación que tuviese atados y ocultos á los galápagos durante mi permanencia en su casa, fui á visitar á mi amiga. Estuvo ésta conmigo más expresiva que nunca, la felicidad había corrido de

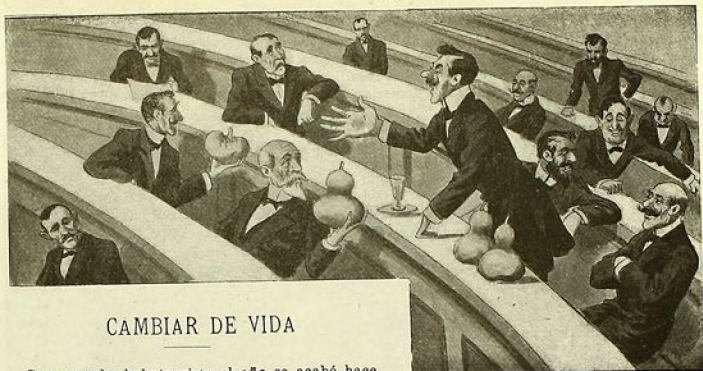
su corazón al mío y *Concha* y *Quelonio* se habían enterado de todo desde su escondite.

La ira se había apoderado de los repulsivos reptiles y ya la vida era para ellos la cosa más despreciable. Salí á la calle y al pasar bajo los balcones de la viuda sentí que el mundo se me venía encima, aplastándome el sombrero y privándome del sentido.

El vengativo *Quelonio* habíase arrojado por el balcón, demostrando que los galápagos, además de ser poco esbeltos son muy brutos.

Concha, que había oído decir á su ama que la mujer debe seguir al marido, se arrojó á la calle tras él; Encarnación murió de pesadumbre á los pocos meses, y yo, si antes odiaba á los galápagos, desde aquel día los profeso tal horror, que primero agunto los epítetos de canalla ó de ladrón, que el que digan de mí: ¿Ese? Ese tienen más conchas que un galápagos.





CAMBIAR DE VIDA

Como ustedes habrán visto, el año se acabó hace poco tiempo. Ahora tenemos otro, nuevecito, recién estrenado y del que no sabemos que trae dentro. Probablemente lo mismo que sus hermanos mayores, que en paz descansen. Desdichas, toros, cajetillas de á cuarenta y cinco y *gommeuses de geren*.

Ahora; que mientras se descubre el amigo podemos tener en él una confianza ciega, y si esto les parece á ustedes mucho, pongan confianza taerta, y vamos viviendo. Por lo pronto, el cambiar de vida se impone, como si fuese el tiempo la *Caja de Ahorros*, donde se imponen las cosas y las pesetas.

Cambiar de vida; es lógico. No está bien que en el año, á cuya inauguración y apertura hemos tenido el honor de asistir, sea para nosotros teatro de las mismas tonterías, y lugar para hacer lo mismo que con generales aplausos y tabacos venimos haciendo. ¡No! ¡Cien veces no! Hay que hacer algo nuevo. ¿El qué? No sé. Pero hay que hacerlo y partirlo luego en cachitos.

—Señores, me parece estar oyendo decir á don Fulano, gran político y aplaudido vendedor de drogas, esto no puede seguir así. Nadie nos hace caso. Predicamos y como si lo hiciéramos en desierto. Hago declaraciones político-amorosas y me dan calabazas. Se impone un cambio, que sirva de pase natural...

—Oiga usted, mi respetable jefe, le objetará algún cor-religionario, como siga usted hablando de *cambios, pases naturales*, etc., va á parecer su discurso una lección de tauromaquia.

—Quiero decir que nadie viene hacia mí; van hacia otros, hacia Tetuán, por ejemplo, ¿y por qué?

—Es verdad, muchos van hacia Tetuán, pero se quedan en los *Cuatro caminos*.

—Pues deben ir hacia nosotros. Es preciso que este año sea para nosotros de prueba.

—Nos van á tomar por rosquillas.

—¡Que nos tomen! Porque con este van...

—¿Collantes?

—He dicho *este van*. ¿Cree usted que ni aun de *bees* distinguió?

Y el bueno del señor trazará á continuación un bonito programa para el año que viene y que parecería el de un circo si al pie tuviese aquello de «las familias podrán

avisar los coches á las once y media.»

[Cambiar de vida! Esto es, por ahora, lo único que nos preocupa en cierto modo, y, sin embargo, ¡que gran tontería!... Porque, yo creo, que los gustos y ocupaciones de... su sexo, no son algo así como camisas de cuello alto que se dejan por otras que son de cuello vuelto... como las bofetadas.



¿Por qué, pasado el primero de enero, no me pueden seguir pareciendo majaderos los mismos individuos que me lo parecían hasta el 31 de diciembre? Es molesto oír de continuo: —Chico, desde primero de año me he regenerado y vas tú a ver trabajar a un hombre.

—¿Qué piensas hacer? ¿Levantar tú solo una casa?

—No, pero lo que es escribir un drama de pasión no hay quien me lo quite. Lo acabaré pronto; en una semana.

—Bueno, pues guárdalo para marzo, que es cuando cae la *semana de pasión*.

—Lo tengo ya planeado. Va a ser para el Español. Mira, Carmen...

—¿Qué Carmen?

—Cobeña es hija de Donato Jiménez.

—¡Qué sorpresa para Federico Oliver encontrarse con ese suegro!

—No seas bruto y perdona. Es en el drama. Está enamorada de Manso que es un granuja.

—¿Qué ha de ser! Si es todo un buen hombre.

—¡En el drama!

—Mira, hazme el favor de no explicarme tu obra, porque creo que me estás hablando de la vida particular de los actores y estoy hecho un lío.

—Ya verás que obra. Seguramente produce un escándalo. ¡Feliz año nuevo!

Y hé aquí a un hombre al que la fama esperaba tras la puerta del 1.º de enero.

Lo que es como se cumplan todos los propósitos de cambiar de vida que existen, el flamante año de 1902, se va a divertir porque no le van a servir para nada los informes que le habrá dejado su hermano anterior, ya difunto. Nadie va a ser nadie. Todos variados, como los postres de los banquetes.

Un amigo dirá a otro: —Desde mañana me recojo temprano.

—Hombre, sí; falta hacia que te recogieras, tienes una estatura que es un abuso.

—Y no va a ser eso sólo en lo que voy a cambiar. Tú sabes que yo pegaba a mi mujer una vez por la mañana y dos por la tarde.

—Sí.

—Pues ahora va a ser al revés.

—¿Te va a pegar ella a ti?

—No; pero la pegaré dos por la mañana y una por la tarde.

Es decir, que éste, había variado de horas para la zurra conyugal, pero su mujer seguirá viviendo en el 1901.

Otros de los que forman propósitos de cambiar de vida, no los ajustan para nada importante, si no para los pequeños pormenores.

—Maestro, —le dicen al sastre. —¿Cómo me hacía usted las americanas?

—De puntas redondas.

—Este año vamos a cambiar, porque a aquellas no les *veía la punta*. Van a ser de puntas largas.

—Ya; recién afiladas.

—Quiero que las telas sean distintas. Nada de cuadros, ni mezcillas, deseo listas.

—¿Quiere usted la lista grande?

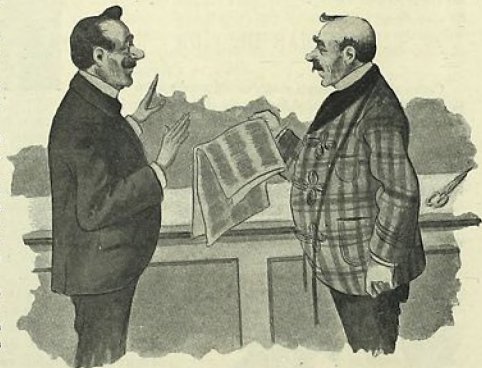
—Gracias, no juego a la lotería.

—Digo las listas de las telas.

—Como quiera, no siendo parecidas a las del año anterior.

Total que el año ha cambiado para que este señor lleve las americanas diferentes de otros años. ¿Valía la pena para eso? Francamente, no.

Y, sin embargo, puede que muchos *cambios de vida* sean tan trascendentales como el de las puntas de las americanas.



A. R. BONNAT



Frank Diecksee: SCILLA

SONETOS

I

Á LA VIRGEN

El que sufre te invoca en sus dolores,
y el que goza te ensalza en su alegría;
al que muere consuelas la agonía
y al que nace la cuna ornas de flores.
El sol de tu bondad con sus fulgores
disipa del error la niebla fría,
y es luz tu fe que nuestros pasos guía
y es tu amor el amor de los amores.
El débil á tus pies se torna fuerte,
con tu favor se alcanza la victoria.
¿Quién podrá no adorarte y no temerte
como un sagrado altar en la memoria?
al hijo de tu amor le dimos muerte...
¡y aun nos abras las puertas de la gloria!

II

EL POETA

Como el jilguero en la enramada umbría
canta y sus notas arrebató el viento,
sin que acalle su lánguido lamento
desde que nace hasta que muere el día.
Así el poeta por doquier envía
de su acerbo dolor el triste acento,
pretendiendo escalar con loco intento
el cielo que forjó su fantasía.
¡Pobre poeta! Su áspero camino
recorre siempre con el mundo en guerra,
solo en cantar cifrando su ventura;
y al cumplir de esta suerte su destino
aunque su voz desoyan en la tierra
su voz resuena en la celeste altura.

III

DOS LÁGRIMAS

Como la perla que esmaltó el rocío
sobre el tierno botón de una azucena,
vi una gota de llanto que serena
dejaste resbalar á su albedrío.
Yo la miré con dulce desvarío,
y, de tu pecho al descubrir la pena,
rompiendo el dique que mi llanto enfrena
otra gota brotó del pecho mío.
Lágrimas ambas al calor nacidas
de aquel amor, de nuestra vida encanto,
brotaron y murieron siempre unidas!
y fué de mi dolor consuelo santo,
ya que nunca han de unirse nuestras vidas,
ver resbalar unido nuestro llanto,

CARLOS CANO



PEPITORIA

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas de cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pleritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinado del Puente Rojo, por Carlos Barabar.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkiewicz.

El Hijo Malvido, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

PERDON Y OLVIDO

Amaba mi corazón,
y mi corazón vendieron;
más «perdona» le dijeron
y ¿cómo no perdonar?

Mi corazón sollozaba,
sangrando estaba la herida,
y le dijeron «olvida»,
pero no pudo olvidar.

Entre el perdón y el olvido
hay una distancia inmensa:
puede perdonar la ofensa,
pero olvidarla... ¡jamás!

MANUEL M. FLORES.

CAMPAÑA CONTRA LA VIRUELA

La Dirección Imperial de Higiene de Berlín acaba de dar á conocer las estadísticas sanitarias del imperio del año 1899. El número total de defunciones ocasionadas por la viruela en toda Alemania, con una población de 54 millones, fué de 28, resultando una proporción de 0'52 por millón. En 1898 la proporción fué de 0'28, en 1897 de 0'09 y en 1896 de 0'19.

Las 28 defunciones corresponden á 21 sitios diferentes, buena prueba de que la población está bien protegida por la ley alemana, que exige la vacunación antes de cumplir los dos años de edad y la revacunación dentro del período escolar.

El mayor número de defunciones en una misma localidad fue solo de tres habiendo ocurrido la mayoría de los casos cerca de la frontera de países en que la vacunación se practica mal.

Ocho niños murieron de viruela en el primer año de la vida, de los cuales seis no estaban vacunados, ignorándose si lo estaban los otros dos. De las 28 defunciones 18 corresponden á Prusia en la parte correspondiente á la frontera rusa. En poblaciones mayores de 50 000 almas no ocurrió ninguna defunción. El contraste es grande cuando se comparan estas cifras con las que ofrecen las estadísticas de los demás países de Europa, donde la vacunación no es obligatoria ó se tiene en un lamentable abandono.

No hay remedio para España,
más para los callos sí,
pues contamos, á Dios gracias,
con el gran LADIVONSIM.

La solución en el próximo número.

SOLUCION

á los pasatiempos del número anterior

Tarjeta numérica —

Nombre. — Eusebio.

Apellido. — Soriano.

Oficio. — Barbero.

Población. — Buenos-Aires.

Refrán en acción. — Por do salta la cabra salta la que mama.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. R. — Cuenca. — No va.

P. Q. — Madrid. — Tampoco.

S. F. P. — Málaga. — Idem.

J. de M. — Santoña. — *Ut supra*.

Corchellá. — La Coruña. — Como arriba.

S. R. — Barcelona. — Iran los Lamentos de un desplazado.

Goliath. — Santander. — Gigante, usted dispenso, pero su fuerza corporal no corresponde á la poética.

IRIS

REVISTA ILUSTRADA (Logogrifo)

2 1 7					
2					
3	5 2 6 7	7 1 7	3 2 1 7		
4	4 5	2	2		
5	2 5 6 7	5	1 4 6 7		
6	6 5	6	3		
6 7 5	2 6 2	1 7 5	3 7 6 2		

Léase:

En la I, línea vertical (todo): *Publicación periódica por cuadernos.*

líneas horizontales: Período de tiempo. — Especie de bigorneta.

En la R, » » Especie de hongo comestible. — Pronombre demostrativo femenino.

» » verticales: Número impar. — Rey de Judá, hijo y sucesor de Abías.

» » diagonal: Oriente.

En la I, » » vertical: Sustracción.

líneas horizontales: Altar en que se ofrecen sacrificios. — Igualdad de las cosas en la superficie.

En la S, » » Árbol de América de madera muy dura. — Nombre de mujer. — Adivino, poeta.

verticales: P. recibir con la vista. — Animal ovíparo.

NOVEJARQUE

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

EN LA REVISTA TIPOLOGRÁFICA Y LITERARIA «LA IBERICA» PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA



Ayuntamiento de Madrid

NUM.